



Capítulo 555: Las Vegas con... algunas sorpresas

El dorado Aventador atravesó el desierto hasta que el camino se abrió en un espejismo de luces. Las Vegas se alzaba ante ellos como una ciudad que nunca dormía, palpitando de rojo, azul y dorado. Era como si el pecado mismo se hubiera vuelto concreto y brillara neón en medio de la noche.

Vergil redujo la velocidad al girar hacia la avenida principal, con el motor del coche rugiendo, atrayendo miradas curiosas de turistas borrachos, recién casados y millonarios aburridos. El Aventador dorado era imposible de ignorar—un espectáculo en sí mismo en medio de la orgía visual de la ciudad.

Alexa, todavía en su regazo, se asomó por la ventana, con el viento agitando su cabello naranja con puntas verdes. Sus ojos brillaban como los de una niña, pero la travesura en su sonrisa delataba su verdadera naturaleza.

"Vegas..." dijo en un susurro casi emocionado. "Este lugar huele a sexo, drogas y dinero. Me encanta."

Kaguya, desde el asiento trasero, simplemente sonrió, ajustando el vestido corto que apenas ocultaba sus curvas. Sus ojos rojos reflejaban las luces de la ciudad como rubíes vivos.

"Es una ciudad hecha para depredadores, Alexa. Aquí a nadie le importan los monstruos —siempre y cuando gasten lo suficiente"

Vergil no hizo comentarios. Simplemente condujo el coche hasta el estacionamiento de uno de los casinos más lujosos del Strip: el Imperial Sun. Era un edificio colosal, con columnas doradas, fuentes de agua iluminadas en



colores extravagantes y una fachada que imitaba los palacios romanos. Cada detalle gritaba ostentación y exceso.

Detuvo el coche delante de la entrada principal e inmediatamente dos valets se acercaron corriendo. El primero, un joven delgado y sudoroso, abrió la boca para decir algo, pero se quedó paralizado cuando vio a Alexa deslizarse del regazo de Vergil, con su cabello brillando bajo la luz artificial y su cuerpo apretado contra el provocativo atuendo.

Los ojos del segundo valet, más joven, se abrieron cuando Kaguya salió por la puerta lateral. El vampiro estaba de pie como una diosa impía, con su cabello blanco ondeando en el viento nocturno y su vestido negro aferrado a su cuerpo como una segunda piel.

Vergil entregó la llave sin decir palabra. El joven tembló al tomarlo, como si el coche fuera un ser vivo que pudiera tragárselo en cualquier momento.

"No lo rasques", dijo Virgilio secamente, con un tono que conllevaba una amenaza velada.

Alexa lo agarró del brazo y lo atrajo hacia las puertas giratorias del casino.
"Haide, haide! Me muero por gastar el dinero de alguien."

Las puertas se abrieron, revelando un mundo de luces, sonidos y lujuria. Las máquinas tragamonedas brillaban como estrellas enloquecidas, las ruletas giraban a un ritmo frenético y el tintineo constante de las monedas creaba una banda sonora adictiva. Camareras con vestidos diminutos circulaban con bandejas de bebidas coloridas y el humo de puros caros flotaba en el aire.

Virgilio caminaba con calma y sus firmes pasos resonaban en el suelo de mármol. No necesitaba hacer ningún esfuerzo para llamar la atención—su



presencia simplemente dominaba el espacio. Alexa y Kaguya, una a cada lado, parecían depredadores desfilando junto al alfa.

Un enorme guardia de seguridad con traje negro y expresión sombría se acercó al trío. Su voz era profunda y autoritaria:

"Señor, este es un establecimiento privado. ¿Puedo preguntar si tienes reservas?"

Vergil no se molestó en responder. Él simplemente lo miró con frialdad y el hombre dio un paso atrás, sin entender por qué. El aura demoníaca que emanaba de sus ojos azules lo había golpeado como una pared invisible.

Kaguya se rió suavemente, inclinándose hacia el oído del guardia de seguridad.
"Por supuesto que tenemos reservas. Somos el respaldo."

El hombre simplemente asintió, confundido, y dio un paso atrás, permitiéndoles pasar.

Alexa llevó a Vergil directamente a una mesa de blackjack. "Aquí, juguemos un poco."

El comerciante, un joven con un traje impecable, sonrió cortésmente cuando se acercaron, pero la sonrisa flaqueó cuando sus ojos cayeron sobre Kaguya. Su escote era una invitación al pecado y su mirada roja, hipnótica.

"Buenas noches, señores... señoras," tartamudeó. "¿Apostarás?"

"Siempre," Alexa respondió con una sonrisa salvaje, agarrando una pila de patatas fritas que simplemente apareció frente a ella.



Vergil no preguntó de dónde venían. Cuando esos dos querían algo, el mundo simplemente lo cumplía.

El juego comenzó y pronto la mesa estaba tensa. Alexa jugó con valentía, riéndose con cada victoria y burlándose del crupier. Kaguya, por otro lado, era frío y calculador, como un asesino. Cada carta que le repartían parecía parte de un plan más amplio, y los demás jugadores en la mesa comenzaron a sudar frío.

Vergil simplemente observó, bebiendo un vaso de whisky que alguien le había dejado en la mano. Su disfrute no estaba en el juego, sino en el espectáculo: dos depredadores devorando la noche, compitiendo entre sí y al mismo tiempo mostrando al mundo que sólo le pertenecían a él.

Pronto, Alexa se inclinó sobre la mesa, descansando sus pechos casi expuestos mientras le sonreía al comerciante. "Una carta más, querida."

El niño apenas pudo responder, con los ojos pegados a ella, hasta que Kaguya intervino con una sonrisa venenosa.

"No te distraigas tanto, humano." Su voz era baja, pero cargada de poder. "O perderás más que fichas esta noche."

El crupier palideció y entregó la tarjeta con las manos temblorosas.

Vergil se rió suavemente, sacudiendo la cabeza. "Realmente no puedes evitarlo, ¿verdad?"

Alexa lo miró y se mordió el labio inferior. "¿Y te quejas?"



Él no respondió. Ella simplemente tomó otro sorbo de whisky, el brillo azul en sus ojos reflejaba las cartas, las luces y el deseo crudo en el aire.

Kaguya terminó la mano, dando vuelta sus cartas con un movimiento elegante. Veintiuno.

Alexa resopló y tiró sus propias patatas fritas a un lado. "Suerte vampírica."

"Habilidad," Kaguya corrigió, con esa sonrisa que exudaba superioridad. "Pero si quieras te lo puedo enseñar."

"¿Enseñar?" Alexa arqueó una ceja y su sonrisa salvaje se curvó hasta convertirse en pura provocación. "Sólo sabes enseñar... cosas físicas."

"Tal vez eso sea todo lo que necesitas aprender", replicó Kaguya, con su voz baja y melódica, como seda empapada en veneno.

Ambos se rieron, el sonido de su risa resonaba como música entre las luces artificiales y el tintineo de las patatas fritas. Vergil simplemente suspiró, reclinado en su silla, con el vaso de whisky en equilibrio en su mano. Pero no había frustración en su expresión—sólo alegría.

Estaba exactamente donde quería estar: en el centro del caos, flanqueado por dos mujeres que transformaban incluso un casino lleno de gente en su propio escenario privado para la seducción y la competencia.

'Curioso...' pensó, mientras sus ojos vagaban por la habitación con calma depredadora. Las máquinas parpadeaban, las mesas bullían, pero detrás de la abundancia de colores y sonidos había un detalle que pocos notarían.



Patrones. Movimientos sincronizados. Hombres y mujeres con trajes discretos, algunos con los ojos demasiado cerrados para los turistas, otros fingiendo jugar sin prestar realmente atención a las cartas.

'Interpol.'

Vergil contó al menos sesenta agentes repartidos por todo el casino, y el número aumentaba con cada mirada más cercana. Estaban rodeados—o al menos eso era lo que creían.

Una sonrisa irónica sonaba en sus labios.

Dejó su vaso vacío sobre la mesa, se inclinó ligeramente y les dio un suave beso en la frente a cada uno. Alexa se estremeció ante el gesto repentino, mordiéndose el labio, mientras Kaguya simplemente sonrió contenta, como si recibiera una corona invisible.



"Queridos..." dijo, con su voz profunda y tranquila atravesando el ruido circundante como una cuchilla. "Si me disculpan... Necesito pasar por el baño."

Se quedó quieto, enderezando su impecable traje, y por un momento pareció simplemente otro jugador rico alejándose de la mesa. Pero sus ojos azules brillaban con algo más profundo.

Alexa lo siguió con su mirada, un destello de travesura bailando en sus pupilas.
"Baño, ¿eh? No tardes mucho, querida..."